



Tamara Estupiñán,
Tras las Huellas de Rumiñahui,
FONSAL, Trama, Quito, 2003.

Iconoclasia o cívica alternativa

Tras las huellas de Rumiñahui explora las múltiples y contradictorias imágenes de este personaje que figura en las crónicas españolas y en el imaginario nacionalista de mediados del siglo XX. La minuciosa revisión de las fuentes escritas y de representaciones visuales permite a Estupiñán realizar una triple tarea: esclarecer quien fue el Rumiñahui histórico, explorar los sucesivos pasos del proceso de su idealización a manos de la historiografía nacionalista y desmitificar esta visión mítica. Al demostrar los errores de la visión oficial de Rumiñahui, Estupiñán toma distancia de la historiografía nacionalista de los años 30 y 40, aunque retiene su característica aspiración de que el pasado debe servir de guía cívica.

La historiografía nacionalista que surgió en torno a la crisis del estado oligárquico y la derrota del 41 ubicó los orígenes de la nación ecuatoriana en épocas remotas y negó la conflictiva diversidad de esta región en la época prehispánica y colonial. Se postuló una nacio-

nalidad ecuatoriana homogénea que siempre había existido -sea en calidad de colectividad indígena enfrentada con los españoles o de nación mestiza-. El culto a Rumiñahui es el producto de la búsqueda de orígenes remotos y de la insistencia en la unidad de la patria. En la mitología nacional, Rumiñahui -como muestra Estupiñán-figuraba como guerrero quiteño perteneciente a la estirpe dinástica shiri que combatió a los españoles en defensa de la libertad de toda la "nación ecuatoriana". Pero, ¿quién era el Rumiñahui histórico? La respuesta de Estupiñán, muy distinta a la versión oficial, es que era un mitimá oriundo de los Andes Centrales que luchó contra los españoles no en nombre de los indígenas quiteños, o mucho menos de una aun inexistente nacionalidad ecuatoriana, sino de los mitimaes que conformaban el grueso de las fuerzas de ocupación incaicas en Quito.

Tal desmitificación de Rumiñahui constituye un golpe severo para el ciudadano promedio socializado en el imaginario nacionalista y también para los maestros de escuela y cuidadores de monumentos que han servido de custodios de los símbolos patrios. Para los expertos en historia andina, en cambio, el Rumiñahui de Estupiñán no es una sorpresa. El Rumiñahui mítico era un subproducto del mito del "reino de los shiris" ya que era la supuesta fusión de las dinastías Shiri e Inca que hacía creíble la improbable figura de un general Inca de origen quiteño que logró aglutinar a la nación quiteña detrás una acción desesperada para salvar el dominio incaico. Pero el marco interpretativo del "reino de los shiris" fue totalmente descartado por la historiografía andina de los años 80, tal como ya había ocurrido entre la generación de historiadores positivistas de la vuelta del siglo. No es casual que Frank Salomón, quien resaltó la multiplicidad de señoríos prehispánicos en una obra célebre de los años 70, luego calificó a Rumiñahui de "general Inca" y afirmó que éste y los otros generales incas "movilizaron" a las "colonias mitimaes" contra los españoles pero no lograron aglutinar a los caciques quiteños que plegaron a los españoles¹.

1 Frank Salomón, "Una nueva visión de la conquista", en *La Nueva Historia del Ecuador*, Corporación Editora Nacional, Quito, vol. 3, pp. 104-105.

A pesar de tener antecedentes, la lectura de Rumiñahui elaborada por Estupiñán posee matices fascinantes. Entre ellos se destaca la demostración de que Rumiñahui buscó proteger la dinastía de Atahualpa mientras éste estaba detenido en Cajamarca, en lugar de usurpar el poder para fundar una dinastía propia. Ello explica -según Estupiñán- por qué Rumiñahui no asesinó a los “hijitos de Atahualpa” que eran potenciales herederos del Inca. Igualmente fascinante resulta la afirmación de que el “tesoro Inca” de Quito no fue transportado, ni siquiera parcialmente, a Cajamarca, sino que fue recogido y custodiado por Rumiñahui. Todo lector de las crónicas sabe que Rumiñahui se apropió de los tesoros y mujeres del Inca en Quito y se los llevó a los Yumbos, pero ningún historiador anterior a Estupiñán había descartado de manera tan categórica que ninguno de los bienes suntuarios poseídos por Atahualpa fue enviado a Cajamarca para pagar el rescate. Mi única crítica a la reconstrucción histórica que realiza Estupiñán es la forzada distinción entre el “Quito aborigen” y el “Quito Inca”. El “Quito aborigen” es -de acuerdo al libro- el asentamiento de Quito al borde del Pichincha que llevaba ese nombre antes de la ocupación Inca, mientras el “Quito Inca” era una jurisdicción del imperio Inca correspondiente a la sierra norte y central del actual Ecuador. Pero esta nomenclatura genera distorsiones tales como calificar de Quito aborigen al minúsculo centro administrativo Inca que operaba en el entorno del Quito aborigen al borde del Pichincha o proponer que el tesoro guardado en dicho centro administrativo inca era aborigen porque se encontraba en este lugar. ¿No habrá consistido más bien en objetos de oro y plata y ropa de estilo Inca que funcionaban como símbolos de poder y objetos de culto entre la elite incaica?

El aporte más valioso de Estupiñán, sin embargo, no es el esclarecimiento del Rumiñahui histórico -en contraste con el personaje mítico- sino la crítica a la memoria colectiva y la detallada genealogía de la progresiva idealización de Rumiñahui en la historiografía nacional.

El enfrentamiento con los mitos de la nación ha sido la tónica de las ciencias sociales ecuatorianas desde la publicación de *Entre Mitos y Fábulas* del arqueólogo Ernesto Salazar. El programa iconoclasta ha sido fructífero ya que los mitos nacionales negaban la diversidad y fomentaban un peligroso e imposible revisionismo territorial. Estupiñán en esta obra culmina el desmantelamiento de los mitos sobre la antigüedad, extensión y eterna unidad de la nación que se forjaron para levantar el ego colectivo y sustentar los reclamos territoriales del Ecuador tras la derrota del 41. No obstante, su desmitificación corre el riesgo de ser estéril si es que su único fin es servir al desgastado ideal positivista de la objetividad. Estupiñán evade esta trampa al señalar que sus críticas a la mitología nacionalista apuntan a una comunidad política que tal como la antigua Roma fue formada de personas de distinta procedencia y siempre ha sido por tanto irreduciblemente diversa. La tarea pedagógica de construcción de un nuevo concepto de ciudadanía -una suerte de curso de cívica alternativa-, que aceptaría la diversidad y fundamentaría la convivencia no en una esencia compartida sino en un contrato social, explica tanto la claridad de la prosa del libro como sus recursos didácticos (la cronología y el cuadro sinóptico de frases claves de la crónicas).

La genealogía de la progresiva mitificación de Rumiñahui es el corazón de este magnífico libro. Con el tiempo Rumiñahui sufrió una transformación: pasó de ser el tirano cruel y usurpador que figura en las crónicas españolas para legitimar la interrupción de la sucesión dinástica incaica provocada por la Conquista española, a ser un héroe militar de origen quiteño que defendió el territorio nacional. Llama la atención la demostración de Estupiñán de que esta visión idealizada de Rumiñahui no está presente en la obra criollista de Juan de Velasco -fuente de una buena parte del imaginario nacional ecuatoriano-. El Rumiñahui héroe, si bien debía mucho a la ficción del reino de los shiris, tuvo que esperar -según Estupiñán -la Revolución Libe-

ral y la Guerra del 41. Fue Gonzalo Rubio Orbe quien en su *Biografía de Rumiñahui* de 1942 remató la idealización de Rumiñahui al proponerlo como modelo para dejar atrás las divisiones internas y la cobardía que condujeron a la debacle del 41. Mi única objeción a la genealogía conceptual expuesta por Estupiñán es que fue la crisis del estado oligárquico de los años 30 y no la Revolución Liberal la que preparó la respuesta historiográfica a la tragedia del 41. En toda la región andina, los años 30 atestiguan una redefinición de la comunidad política que buscaba la inclusión y la cohesión. Ésta encontró en los indígenas o en el mestizaje la identidad apropiada para naciones incluyentes y cohesivas.

En resumen, *Tras las huellas de Rumiñahui* es una obra importante que esclarece un personaje histórico clave, devela su progresiva mitificación y lo desmitifica en nombre de una cívica alternativa. En vista del virtual silencio de los historiadores en los últimos años, la obra de Estupiñán abre la posibilidad de una renovación de la historiografía ecuatoriana. Esperemos que su ejemplo inspire una nueva ola de estudios históricos dotados de sentido público.

Carlos Espinosa

Ph.D en Historia de la
Universidad de Chicago